

el ángel mensajero de su incomparable destino, en la otra un rey y más afuera dos personajes con ropa talar y el uno no diremos si con mitra ó con tocado en la cabeza, representando en concepto de algunos la espectación de los profetas y patriarcas, individualizados en David y en los abuelos del Mesías.

Más de dos siglos llevarían de existencia así la citada puerta como las ventanas de la nave lateral distribuidas por el muro, cuando se levantó el pórtico que las cubre extendiéndose desde el brazo del crucero hasta más allá del ángulo de la fachada. Consta de doce arcos, separados cada tres por sencillos machones: su medio punto no es el románico, sino el que reapareció en la postrera edad del arte gótico, y lo confirman los ligeros pilares fasciculados ceñidos de anillos de trecho en trecho y el color de su piedra cárdena contrastando con los rojizos sillares del templo. Hubo el proyecto de continuarlo por el frente principal según manifiesta el arranque de un arco del renacimiento, y aun se asegura que debía girar por el norte hasta la otra puerta lateral, sea que su erección tuviera por objeto reforzar los costados del edificio, sea que se consultase á la decencia del cementerio ó á la comodidad y pompa de las procesiones (1). Ciertamente veríamos con disgusto embarazada la grandiosa entrada del atrio y sofocada con este parásito cuerpo la gentileza de las torres; mas por lo tocante al lienzo que hoy protege no sabemos calificar la adición de inoportuna, y aun nos parece que aquella graciosa arquería viene á completar los variadísimos perfiles del cuadro y su vigoroso claro-oscuro.

En el interior de San Vicente mantuvo aún su plena autoridad el arte bizantino sin ceder, sin transigir, sin dar indicio alguno de próxima muerte. Mientras que bajo la inspiración de

(1) Allí se hacía hasta 1582 con asistencia del cabildo y ayuntamiento la del domingo de Ramos, y se empezaba la misa, que después del evangelio y del sermón y de llamar á la vecina puerta de la ciudad según el ceremonial de aquel día, iba á concluirse en la catedral. Reparó hacia 1770 dicho pórtico sin alterar su forma el arquitecto fray Antonio Pontones.

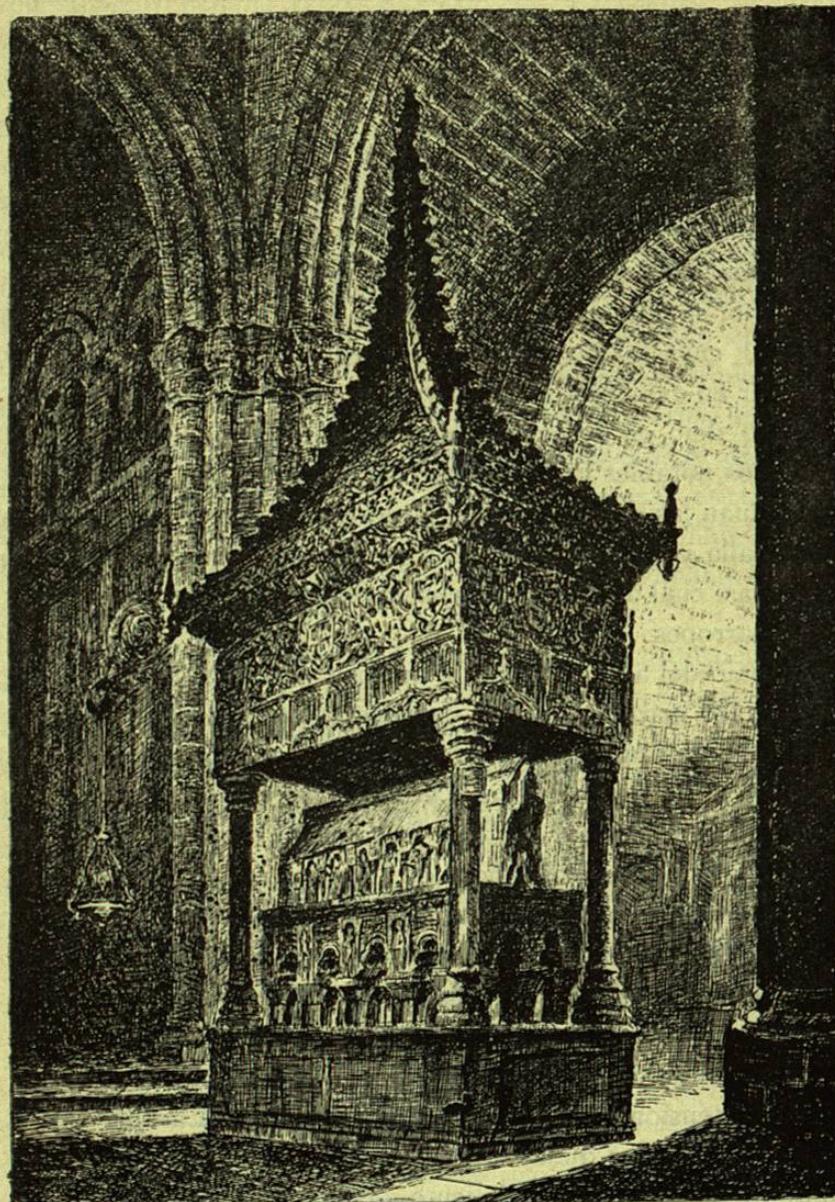
un nuevo y más osado estilo se inauguraban las catedrales de León, Burgos y Toledo, mientras que en las naves de la inmediata se desarrollaba ya la ojiva, regían allí inalterables y presidían á la reconstrucción de la basílica las leyes arquitectónicas del siglo anterior, ora fuese por personal apego del artífice, ora por conformarse en lo posible á la iglesia reemplazada. Los pilares cuadrados con ángulos reentrantes en las esquinas, basados sobre un zócalo circular, no admitieron en cada frente más que una columna y salientes follajes de roble en los capiteles (1); los arcos de comunicación trazaron un peraltado semicírculo, y la misma fuerza tomaron los de la oscura galería que corre encima de ellos, describiendo ajimeces contenidos dentro de otro arco escarzano y sustentados por breves columnas de no menos abultada cabeza. Labores de gusto análogo se escogieron para la delicada moldura que se extiende por bajo de la galería y al rededor de los pilares que suben á recibir el arranque de las bóvedas mayores: solamente en estas se reconoce ya la influencia gótica que les imprimió su sello ojival, bocelando sus anchas y planas aristas y esculpiendo las claves á semejanza de florón. En las ventanas abiertas en los lunetos pudiera sospecharse mudanza, pues su medio punto parecido á los de imitación en el siglo XVI no lleva más que un simple bocel y vidrios blancos, por los cuales no obstante penetra templada la luz en razón de su altura y de ser la única que ilumina las naves del templo. Las laterales, inferiores casi una mitad en elevación á la nave principal, permanecen sombrías á causa del cerramiento de sus ventanas mejor decoradas

(1) Observa el señor Callejo que el cuarto y quinto pilar de la derecha, el quinto de la izquierda y los cuatro de los arcos torales del crucero, en vez de la planta de cruz griega que ofrecen los demás, la tienen circular con delgadas columnas empotradas á su alrededor, y de aquí arguye dos épocas en la construcción del templo, atribuyendo los últimos al reinado de Alfonso el sabio y haciendo los cruciformes más antiguos. Nosotros creemos que no puede ser mucha la diferencia de tiempos en vista de la homogeneidad de la obra y de que se usaban en el siglo XIII una y otra clase de pilares.

que las altas con gruesas dobelas y con una columnita por lado; y así ocultan hasta cierto punto la moderna hechura de sus bóvedas reparadas con fábrica de ladrillo. Alguna renovación ha sufrido también sin perder su buen efecto un templete de arcos semicirculares construído sobre la puerta mayor á manera de tribuna.

Exento interiormente de revoques y de alteraciones disonantes, aparte de las leves que se han indicado, conserva en sus pardas tintas el augusto edificio la misma armonía que en sus proporciones y carácter, y con la oscuridad parece multiplicar la grandeza de sus dimensiones, mayores de las que tienen por lo común las iglesias de su época y estilo. No menos de seis bóvedas desenvuelven las naves paralelamente hasta desembocar en el crucero, cuya longitud transversal se dilata de muro á muro más de otro tanto de la anchura de las menores, mostrando en sus dos bóvedas cada brazo en vez de cruzadas aristas un macizo medio cañón bien que de figura apuntada, y recibiendo más viva claridad por la rasgada ventana de su respectivo testero. Alguna descende asimismo por el alto cimborio asentado en el centro. Allí es únicamente donde el arte gótico, ó admitido por una excepcional condescendencia desde el principio en aquella parte de la traza, ó sobreviniendo un poco más tarde á reparar la obra ó á completarla, hizo ensayo de sus adolescentes fuerzas: dió á los arcos torales la forma ojival y algo cerrada en los extremos, revistió de sutiles columnitas sus redondos pilares (1), redujo á octógona en su cuerpo superior la cuadrada cúpula por medio de apuntadas pechinas, cerróla dibujando estrella, y abrió en los cuatro frentes otras

(1) Exceptúanse entre estos cuatro el primero de la derecha que es de planta cruciforme como casi todos los de las naves, y así no vemos razón de considerar á éste en particular *recuerdo vivo del primitivo templo* cual le llama el autor de la memoria. Si no procedió de capricho del arquitecto la diversidad de dichos pilares, no mediaría entre el uno y sus tres compañeros más intervalo que el de las obras de san Fernando á las de su hijo Alfonso X, de cuyo reinado probablemente data el robustecimiento y tal vez reedificación del cimborio.



SAN VICENTE.— SEPULCRO DE LOS MÁRTIRES

tantas ojivas embellecidas con cristales de colores, mezclando en sus arabescos de piedra ciertos detalles bizantinos. Del lienzo que se levanta sobre la capilla mayor destaca un grande crucifijo entre la Virgen y el discípulo, efigies coloridas y encuadradas en un marco de florones.

Á la veneranda y pura integridad de los tres ábsides, terminados en esféricos cascos y rodeados de su ornamentación correspondiente en impostas y columnas, ningún género posterior osó atentar ni aun el barroquismo al invadir su reducido espacio. Tapó, sí, con un delirante retablo las preciosas ventanas del principal, cuya luz no sirve sino de transparente á sus nichos y de poner en evidencia el amanerado perfil de la imagen del santo; pero dejó en descubierto las dos que hay figuradas á cada lado y los notables capiteles que las decoran. No menos galanas asoman las de los ábsides laterales al través de la monstruosa talla y de la indigna pintura que embadurna sus arcos y bóvedas, cual asoma un ameno rayo de sol por entre aplomados nubarrones.

Debajo del arco toral de la derecha álzase aislado el mausoleo de los mártires, objeto de reverencia profunda y aun de supersticiosas prácticas durante la Edad media. Sobre el temido sepulcro, antes que los reyes Católicos lo vedaran por expresa ley, acudían de cerca y de lejos litigantes y testigos á prestar juramento invocando el juicio de Dios, y era fama inconcusa que al perjuro se le iba secando lentamente el brazo que contra verdad había extendido. Sin embargo, entre los escritores de aquel tiempo andaba ya en disputa, como hemos visto, el punto donde positivamente se guardaban los cuerpos santos, trascendiendo de seguro á los mismos pueblos la lucha de estas encontradas pretensiones; tanto que en el reinado de Enrique IV se propuso apurar las dudas el obispo don Martín de Vilches mediante un solemne reconocimiento de la urna. Abrióla después de celebrar de pontifical, y en medio del denso vapor que exhalaba metió en ella el brazo; mas luégo le obligó á retirarlo

una violenta convulsión, y la huella de la mano que sacó, á lo que cuentan, bañada en sangre, todavía se enseña en una tabla puesta dentro de los arcos del cuerpo bajo (1). Suspendióse la averiguación, y mirando el prodigio como testimonio sobrenatural de la existencia y autenticidad de las reliquias, ya no se trató sino de realzar con nuevas obras el esplendor del monumento. Para cerrarlo con verja y formarle un dosel levantáronse sobre cuadrilongo pedestal imitando á jaspe cuatro columnas orladas de bolas en sus capiteles, sosteniendo un macizo pabellón bordado de doradas hojas de parra y adornado en su arquitrabe de arquería conopial. En el friso se esculpieron los escudos reales con los del obispo y los de varios linajes de Ávila que contribuyeron á dicha empresa, en el flete de la cornisa una serie de rosetones circulares, y vistosas escamas en las vertientes de la aguda pirámide, erizada de follaje en sus esquinas y coronada por una figurita en traje romano que nos pareció la de san Vicente.

Entre el tabernáculo que pudiera ser más suntuoso atendido el tiempo y la ocasión, y el sepulcro mismo que cobija, hay en época y estilo una distancia incontestable (2). El sepulcro es coetáneo de la basílica, y en su disposición, ornato y escultura lleva la marca del siglo XIII. Suspenden el arca de piedra doce arquitos lobulados, cuatro por lo largo y dos por lo ancho, cuyas pareadas columnas tienen espirales ó caprichosos fustes, y

(1) Tuvieron esta tabla en las manos Felipe III y su esposa al visitar el santuario en 1600.

(2) Sin embargo se ha desconocido por lo general, confundiendo entrambas obras. «Determinó el obispo con los caballeros, dice Ariz, fabricar encima del antiguo sepulcro *que estaba en el suelo* el suntuoso que hoy se ve, en cuya orla del cimborio, *allende de la historia y martirio que está en él relevada*, se ven las tarjetas con las armas de los que ayudaron á tan rica obra.» frases inexactas en que se aplica al tabernáculo lo de la urna. Y en el episcopologio manuscrito se lee: «Este prodigio fué causa de que creciese más la devoción, y tanto que adornaron el sepulcro en la suntuosidad y grandeza que hoy se ve, que aunque es fábrica de tiempo y artifices tan antiguos es admiración de los modernos y más idóneos en el arte». Hasta en la memoria del Sr. Callejo no hay una palabra que distinga las dos épocas.

en cuyas enjutas resaltan figuras sentadas de profetas y evangelistas, distinguiéndose en el suelo al través de los vanos la pesada losa de jaspe rojo que en las solemnidades se cubre con un paño ricamente bordado. La urna colocada sobre este aéreo pedestal ofrece en derredor curiosísimos relieves: en el frente de la cabecera sentado el Salvador en imponente actitud con dos grifos á sus plantas, en el de los piés la historia completa de la adoración de los Magos, y en uno y otro afiligranados doseletes. Dentro de los cinco compartimientos del costado de la epístola vemos la presentación de los mártires al juez, sus tormentos, su muerte, su defensa por la serpiente, su sepultura; los del lado opuesto llenos de reyes, de monjes, de guerreros, de hombres á caballo, no atinamos á qué puedan referirse sino á la traslación y acompañamiento de sus venerados despojos. Nótanse torrecillas en las enjutas intermedias, y otras mayores en los ángulos de la tumba; cuadritos resaltados suplen por las escamas en el declive de su cubierta. Raras veces el arte y la antigüedad andan tan de acuerdo con la devoción para rodear de prestigio un lugar sagrado.

Desde tiempos muy remotos vinieron á la basílica los restos de otro santo, que menciona ya en 1302 el citado privilegio de Fernando IV (1). San Pedro del Barco se le llama; su naturaleza, su estado, sus hechos y aun el siglo en que floreció son harto desconocidos, mereciendo escaso crédito el cuadro que le representa en traje de labrador, y aun pudiendo sospechase que su existencia sea anterior á la del pueblo cuyo nombre lleva y del cual se le supone procedente. La yegua, por supuesto ciega, que trajo allí su cadáver, las campanas que tañeron por sí solas saludando su llegada, son rasgos comunes á tantas tradiciones, que respecto de la presente nada determinan ni concretan. En 1610, se reconoció nuevamente el cuerpo (2), y en un ángu-

(1) Véase pág. 385.

(2) Quejóse en esta ocasión el ayuntamiento, según consta en su archivo, de que sin conocimiento suyo hubiesen abierto el sepulcro de S. Pedro el obispo y

lo del brazo del crucero á cuya entrada está el sepulcro de san Vicente se le erigió un templete de cuatro columnas y frontones triangulares bajo la dirección del afamado Francisco de Mora, cercándolo de verja y colocando el arca debajo del altar. Á portentos todavía más antiguos hace relación una lápida puesta en el mismo brazo en memoria del judío á quien su voto libró de la serpiente vengadora, del judío que arquitecto á la vez que fundador, según entienden algunos, hizo en el año 307 de Cristo aquella iglesia, la misma, en concepto de muchos, que al cabo de quince siglos y medio hoy día permanece. Allí yace el tal, si hemos de creer al letrero gótico grabado en el XVI. que no dice por qué extrañas vías pudo conservarse tal entierro y transmitirse la noticia (1). Otras inscripciones de carácter parecido, repartidas por las paredes del templo, versan sobre mandas pías y fundaciones de ningún interés, ó cubren medio gastadas las innumerables losas sepulcrales de que se compone con más viso de gravedad que de hermosura el desigual y vetusto pavimento.

Á la cripta labrada debajo de los tres ábsides se descende por treinta y nueve gradas desde la nave lateral del norte. Para aumentar su misteriosa atracción no le falta una imagen milagrosa, la Virgen de la Soterraña, que pasa por efigie de la edad apostólica, descubierta allí á mediados del siglo IX y objeto de la especial devoción del rey san Fernando (2); y sin embargo

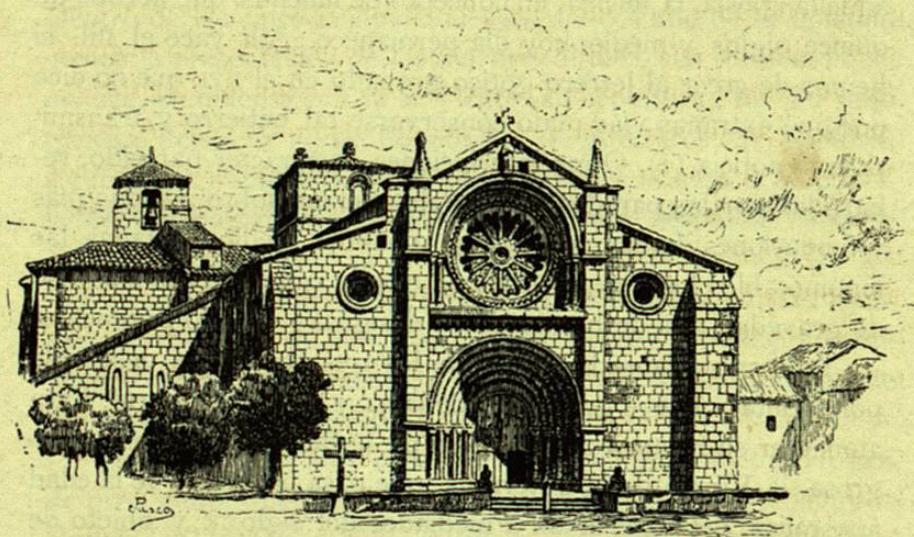
el corregidor, y para custodiar el cuerpo que estaba *muy sin guarda* acordó la construcción de una arca muy fuerte con tres llaves.

(1) La lápida dice así: «En esta sepultura del suelo está enterrado el judío que por milagro de Dios se tornó xpiano e hizo esta iglesia de Sant Vicente de Avila año CCCVII». Ponz copió CCCVIII, é ignorando la leyenda y no pudiendo aceptar como romana una obra tan visiblemente de la Edad media, creyó que debía sobreentenderse al principio la M: Ceán Bermúdez varió la fecha en CCCXIII, quizá por observar que la erección del templo no podía coincidir con la época de las persecuciones que no cesó hasta el 312 con la victoria de Constantino. Todo lo que se discurre en la materia con pruebas tan inseguras es gratuito y arbitrario.

(2) Refiere todas estas circunstancias un moderno letrero, fijando su aparición y hallazgo en 7 de setiembre del año 843; pero la situación de Ávila por aquel tiempo y hasta fines del siglo XI obliga á dudar que dicha imagen pudiera tener un culto permanente.

ni es pequeña ni morena, ni por lo que puede verse parece de mucho tan antigua. Acompañanla otras imágenes y pinturas poco menos veneradas de los fieles; pero las extravagancias barrocas que prodigó hacia 1672 una indiscreta piedad exagerando la primera restauración del obispo Manrique, quitan á aquellas

ÁVILA



PARROQUIA DE SAN PEDRO

capillas, débilmente alumbradas por aberturas á flor de tierra, mucha parte de recogimiento.

Siguiendo por fuera desde San Vicente el lado oriental de la muralla, y dejando á la derecha el robusto cimborio de la catedral que avanza de ella hacia medio camino, al llegar frente á la majestuosa puerta del Alcázar, se presenta al extremo del Mercado Grande otra imponente y monumental iglesia. Entre las de Avila obtiene el tercer lugar la de San Pedro, que en otras poblaciones importantes podría figurar artísticamente

como la primera. Ancha respecto de su altura, denota en la fachada por medio de sencillos machones la división de sus tres naves, no abriendo en el espacio de las laterales sino dos pequeños ojos ó lumbreras, y llenando el compartimiento central con la profunda portada. Allí muestra el semicírculo románico su característica gravedad en la gradual disminución de los multiplicados y bajos arquivoltos, y hace gala de su misma desnudez y de la lisura de los capiteles en que descansa; y en el segundo cuerpo sobre una dentellada imposta, se reproduce no menos grandioso y flanqueado también de columnas, encerrando una magnífica claraboya guarnecida de puntas en su circunferencia y partida por radios en forma de columnitas convergentes. Adiciones del siglo xv al xvi descubren ser por su oscura piedra, tan diversa de la roja sillería del edificio, la diminuta estatua del apóstol titular engastada en el ático y los botareles sembrados de bolas en que rematan los machones, y quizá entonces se renovaron simplificando sus labores los costados del portal (1): más recientes son aún la vasta lonja que delante tiene y el pretil cuyos extremos adornan cuatro candelabros á cada uno de los cuales se agarran dos leones. Sin embargo, ninguna reforma importuna, ninguna construcción parásita desfigura en derredor las bellas formas del templo; gentiles resaltan los tres ábsides hacia la plazuela de la espalda, iguales casi á los de San Vicente en columnas, impostas, canecillos, tipo y número de ventanas; extiende sus brazos el crucero, álzase cuadrado el cimborio con cruces en la cima y en los ángulos, conserva su vetustez la torre aunque baja y mezquina, y tanto al sur como al norte aparecen dos puertas laterales de medio punto, revestidas de columnas sus jambas, la primera de arco muy peraltado, la segunda riquísima y originalmente decorada

(1) Estas fueron probablemente las obras á que alude Fernández Valencia indicadas por los escudos episcopales de don Alonso Carrillo y de fray Francisco Ruíz.

en sus cimbras, capiteles y cornisa. Todo lo ha cubierto el tiempo con un barniz de color inmejorable.

Para dar una idea del interior de San Pedro, después de descrito el de San Vicente, más corto será indicar las diferencias que las semejanzas, hasta tal punto el uno al otro se copiaron, si es que no nacieron gemelos. De cinco bóvedas de arista constan las naves hasta el crucero, apuntadas tan sólo y aun levemente las de la principal; los muros de ésta carecen de galerías, pero en cambio sus ventanas son rasgadas, sostenidas por columnas y mayores que las de las naves laterales. Á los piés de la iglesia se dibuja la gran lumbrera circular guardando restos de matizados vidrios entre sus calados: las que iluminan los largos brazos del crucero, bien que de estilo bizantino, tienen la forma ojival, al paso que retienen el medio punto los cuatro ajimeces del cimborio, á la inversa de lo que en dicha basílica sucede. Por lo demás, pilares, arcos, bóvedas, ornato, todo es común á entrambas; aquí como allá preside la misma distribución, la misma seria elegancia, la misma venerable opacidad; y hasta de la licenciosa audacia del barroquismo han sufrido idéntico daño las capillas absidales, pintorreadas en sus cascarones y en sus interesantes ventanas, y alumbrando el transparente carmesí del nicho con las del fondo, que no se abrieron sin duda primitivamente para tan ridículo objeto; *non hos quæsitum manus in usus*. La piedra cárdena, el arco conopial y las guarniciones de perlas, señalan la época de los entierros que hay en el crucero á mano izquierda, así como sus escudos de seis y trece roeles designan respectivamente las dos estirpes rivales de Blasco Jimeno y de Esteban Domingo (1); el ala derecha la tomó por capilla el linaje de Serranos, llenándola de memorias suyas (2),

(1) De la segunda procedía Pedro Dávila primer conde del Risco, quien según el citado Valencia, puso allí su estandarte en que se veían bordadas unas excusa barajas con este mote: *Las barajas excusallas, comenzadas acaballas*.

(2) En el lucillo del fondo se lee este epitafio: «Aquí yace Garci Gonzalez Serrano que Dios aya, falleció á XIII de abril de mill CCCXC años.» Un lindo retablijo plateresco con pinturas en tabla, lo dió en 1536 Alonso Serrano hijo de Die-

y la nave inmediata contiene un nicho ojival con urna recamada de dientes de sierra.

Por una rara anomalía las parroquias situadas fuera de los muros, resultan en Avila las de más antigua y suntuosa estructura. Bizantina es la de San Andrés en el arrabal del norte debajo de San Vicente, y sus dos portales el mayor y el lateral llevan tachonados de florones sus arcos decrecentes que apoyan en dos columnas por lado. Dividen sus tres naves arquerías de elevado semicírculo, y los pilares de redonda base suben á recibirlo en capiteles esculpidos de follaje; mas los fustes que se les arriman correspondientes á la nave central obsérvanse trunca-dos, como si se hubiese rebajado el techo de madera que la cubre, ó se hubiera hecho provisionalmente, ínterin se fabricaba la bóveda á mayor altura. Alguna mudanza arguye también á la entrada de la capilla mayor, el deforme aplastamiento del arco, respecto de los abultados y notables capiteles en que estriba llenos de figuras y animales, y de las cuatro bellas ventanas que decoran el ábside: las dos capillas colaterales tienen tan poca profundidad que apenas pasan de simples hornacinas, y la del costado de la epístola presenta lobulado el arquivolto. Si por fuera no quitase el efecto en parte á su agrupamiento, la agregación posterior de la sacristía, y si no careciese de labradas ventanas la torre de piedra colocada á los piés del templo, nada dejaría que desear la perspectiva exterior de San Andrés en medio del humilde barrio que preside.

Al lado opuesto de la ciudad, en las pendientes del sur, levanta Santiago su octógona torre, reparada en su mitad superior con ventanas de medio punto y moderno chapitel después que se hundió en 1803, ocasionando algunas muertes. La iglesia fué ya completamente reformada en la postrera edad del arte gótico, como demuestran los machones, las ventanas, la

go de la Serna, y en 1571 fundó tres misas cada semana el Sr. Alonso Blásquez Serrano, conforme está escrito encima de una pequeña puerta orlada de bolas. Por blasón usaba cinco lises.